
INTELIGENCIA SENTIENTE Y SENTIRES INTELIGENTES

Ver: *Inteligencia sentiente vs inteligencia concipiente*

«La inteligencia es la capacidad de aprehender las **cosas como reales**. Pero **estas cosas son "sentidas"**; y lo son no sólo por lo que se refiere a su contenido, sino también y en primera línea por lo que se refiere a su mismo carácter de realidad. De ahí que nuestra inteligencia sea lo que he llamado **inteligencia sentiente**.

Su acto es ante todo un sentir intelectual. Cada sentido, además de darnos su cualidad propia, siente el carácter de realidad según un modo propio. Y esto es lo esencial. [...]

La vista siente la realidad de la cosa en cuanto presente en su εἶδος (*eídos*) o figura. Pero hay otros modos de sentir la realidad. En el oído, el sonido está presente, tan presente como lo está en la vista la figura. Este sonido es sonido de una cosa sonora. Pero, a diferencia de lo que acontece en la vista, la cosa sonora no está incluida presencialmente en su sonoridad; está ausente de ella. Pero no ausente *simpliciter*, sino que el sonido nos remite a la cosa real, la cual sin embargo guarda allende el sonido su propia realidad. Es la manifestación o notificación. Aquí se siente la realidad en "noticia". En el tacto, tenemos la nuda presencia de la realidad, pero sin figura ni noticia. En otros sentidos (kinestesia, orientación, sentido muscular) sentimos la realidad como algo que no es ni presente ni notificado, sino la realidad como un "hacia" al que vamos o podemos ir en "tensión" dinámica desde algo otro. Repito, no son modos de sentir lo que las cosas reales son, sino diversos modos de sentir su realidad misma: nuda presencia, figura, noticia, dirección tensa.»

[Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 285-286]

•

«La inteligencia sentiente tiene, en cada uno de sus sentires, uno modo propio de aprehender la realidad, precisamente en tanto que realidad. Por ejemplo: la nuda presencia, la notificación, la presencia real y efectiva, la dirección, la tensión dinámica, etc. Pero hay otro que no pudo menos de citar aquí: la orientación y el equilibrio.

En la orientación y el equilibrio, el hombre se siente colocado dentro de un campo, en determinada posición dentro de él: como centro de ese campo. Como modo de aprehender la realidad, confiere al *me* el carácter de un punto central, respecto del cual se orienta el resto de la realidad que circunda al hombre y que fluye en él; tiene este carácter *central*. Y la impresión de realidad, el acto de la inteligencia sentiente que nos da la realidad en forma de orientación y equilibrio, confiere precisamente al *ego* ese momento de ser un elemento central en la organización del campo de la realidad. La verdad real nos instala en la realidad como tal, pero colocándonos en su centro. Y tomados los dos momentos a una, a saber: la *egoidad* y la *centralidad* de ese *ego* en el campo de percepción de la realidad, es lo que constituye a una la subjetualidad humana.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 116]



«Se ha dado una preponderancia tal a la presentación de lo real en visión, que lo que no se ve se declara *eo ipso* ininteligible. Y esto es absurdo no sólo filosóficamente, sino también científicamente. En efecto, las partículas elementales son realidades, tanto que de ellas se da una espléndida descripción matemática en la mecánica cuántica. Pero sin embargo no son visualizables como si fueran ondas o corpúsculos. Pero no son ni lo uno ni lo otro. NO es que de hecho no veamos esas partículas, sino que son en sí mismas realidades “no-visualizables”. Y la identificación de lo visible y de lo inteligible es filosóficamente falsa: toda intelección es sentiente y, por tanto, todo modo de aprehensión de lo real, aunque no sea ni visual ni visualizable, es verdadera intelección, y lo aprehendido en ella tiene su propia inteligibilidad.

Hay en efecto distintos modos de intelección y de inteligibilidad. Tratándose de la visión, la intelección tiene ese carácter de aprehensión del eidos, que pudiéramos llamar *videncia*. En la audición, la intelección tiene un modo propio y peculiar: entender es auscultar (en la acepción etimológica del vocablo), es la intelección como *auscultación*. En el gusto, la intelección es aprehensión *fruitiva* (tanto si es gustosa como si es disgustosa). No es la fruición consecutiva a la intelección, sino que es el fruir mismo como modo de intelección, como modo de aprehensión de la realidad. No olvidemos que saber y sabiduría son etimológicamente sabor. Los latinos tradujeron *sophía* por *sapientia*. En el tacto, la intelección tiene una forma propia: es el palpar o lo que llamaremos quizá mejor el *tanteo*, yendo a tientas. En el olfato tenemos un modo propio de intelección: el *rastreo*. Englobo en este concepto tanto el rastro propiamente dicho como la huella. No es la tensión hacia la realidad, sino la realidad misma como un “hacia” que nos tiene tensos. Es un modo de aprehensión intelectual en “hacia”.

Tratándose de otras formas de presentación de la realidad, la intelección tiene también modos propios. El hombre entiende lo real *atemperándose* a

la realidad y estando *afectado* por ella. Atemperamiento y afeccionamiento son modos de estricta aprehensión de la realidad, de estricta intelección. Hay finalmente un modo de percepción propia de la presentación de la realidad en la cenestesia: es la intelección como intimación con lo real, como penetración íntima en lo real. No se trata de una intimación consecutiva a la aprehensión de la realidad, sino que la intimación misma es el modo de aprehender realidad.

Pues bien, todos los sentires en cuanto intelectivos y todas las intelecciones en cuanto sentientes son modos estructurales de la impresión de realidad. Impresión de realidad no es un concepto huero sino algo perfecta y precisamente estructurado. Pero todos estos modos no son sino aspectos de un unidad estructural. De aquí la cuestión que inexorablemente surge: la unidad de los sentires y de la intelección.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 105-106]



«Se comienza por decir, mejor dicho, se da por supuesto que "saber es ver". ¿Es esto verdad? Me refiero claro está al saber intelectual. Pues bien, sólo una noción angosta de lo que sea inteligencia ha podido llevar a este concepto como a algo obvio desde el tiempo de los griegos. Inteligir, según pienso, no es formalmente ver sino tener en mi inteligencia la actualidad de lo real aprehendido como real. Es cierto que no basta con tener algo actualmente en la inteligencia para decir que sabemos lo que es; pero es innegable que todo lo que haga falta para llegar a este saber ha de moverse *formalmente* en esta actualidad, y consiste en hacerla más plenaria. Lo esencial está, pues, en esta actualización primaria. Su forma primaria es impresión. Ahora bien, la visión no es la forma exclusiva de saber, precisamente porque no es la forma exclusiva de impresión de realidad ni por tanto de intelección. Cada sentido nos presenta no sólo lo que es real, sino la realidad misma, en forma propia. En la visión (así suele pensarse cuando menos) está presente formalmente la cosa misma; en la audición la cosa está presente en forma de "noticia", etc. En todos los sentidos y en especial en los de la orientación y equilibrio, tenemos la realidad aprehendida en forma de "hacia". Ello lanza a la inteligencia por la ruta de la búsqueda; es el orto de la razón. Y claro está, lanzados por la ruta de este "hacia" no está dicho en ninguna parte que lo que por ella encontremos sea "ver" la cosa buscada, ni mucho menos. Puede ser que lo mejor de nuestra intelección no tenga este carácter visual. Cuando la física de las partículas elementales formuló las ecuaciones a que obedecen, quedó bien de manifiesto que las partículas no son ni corpúsculos ni ondas clásicas. Comparten con los corpúsculos y las ondas ciertos caracteres, y en esto consiste nuestro verdadero saber de ellas; pero esas partículas no solamente no se han visto sino que ni tan siquiera son visualizables como creían los físicos. [...] He insistido en este ejemplo, tan fundamental en la moderna ciencia, para que no se piense que la negación de la identidad

entre saber y ver se refiere en primera línea a temas teológicos. Saber, no es forzosamente ver.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 223-225]



«La unidad de los sentires y la intelección

Como la diferencia esencial de los sentires estriba en los modos de presentación de la realidad y no en el contenido cualitativo específico de la nota sentida, resulta que la unidad de los sentires tiene caracteres peculiares.

Ante todo, los diversos sentidos no están meramente yuxtapuestos entre sí, sino que, por el contrario, se recubren total o parcialmente. Si se tratara del contenido cualitativo de cada sentir, este recubrimiento sería imposible. Sería absurdo pretender, por ejemplo, tener un sabor del fuego o de la estrella polar. Pero se trata de modos de presentación de lo real. Y estos modos, y no las cualidades, son los que se recubren. Puedo tener perfecta intelección fruenta de la estrella polar. Aunque no aprehendemos la cualidad propia de un sentido en una cosa determinada, sin embargo aprehendemos el modo de presentación propio de este sentido al aprehender lo real por otros sentidos. Para aclararlo voy a limitarme a aludir solamente a algunos casos típicos de especial importancia.

Así, la **vista** me da la realidad "ante" mí. El **tacto** me da la "nuda" realidad. El recubrimiento de los dos modos de presencia es obvio: tengo "ante mí la nuda realidad". No se trata de una visión del eidos más un contacto de este eidos; esto es generalmente absurdo. Se trata de que lo real me esté presente "ante" mí como "nuda" realidad. El "ante" mí es el modo propio de presentación de lo real en la vista, y la "nuda" realidad es el modo de presentación en el tacto. Estos dos modos pueden también recubrirse con el modo de presentación del **gusto**. La realidad, en efecto, no es tan sólo algo presente ante mí, y en su nuda realidad, sino algo también en principio "fruitable" como realidad y por ser realidad. Esta fruibilidad se funda en el modo según el cual la realidad me está presente en el gusto. La vista y el tacto nos dan la nuda realidad ante mí, y añado ahora como fruitable por ser realidad. La vista y el tacto recubriendo al **oído** me presentan la realidad a que éste remite: la cosa sonora se aprehende como algo que suena ante mí y en su nuda realidad. Lo propio acontece con el calor y el frío: puedo sentirme **atemperado** en toda realidad en cuanto realidad. En otro aspecto, la **orientación** y el **equilibrio** se recubren con los demás modos de intelección sentiente de lo real. En toda intelección hay una orientación, y toda orientación se orienta en la realidad por ser realidad, aunque sea ésta meramente notificada. Por otro lado, toda intelección de lo real externo, recubierta por la intelección de intimidad, hace de toda intelección, incluso externa, un conato de intimación con lo aprehendido.

Pero hay un modo de presencia de lo real cuya importancia es extrema: el modo de aprehender la realidad en "hacia", la presencia direccional de lo real. Recubriendo los demás sentidos, el "hacia" determina modos específicos de intelección. Así, recubriendo la presencia eidética de la realidad en la vista, determina en ésta un conato de visión hacia "dentro". Recubriendo la auscultación de la noticia, el "hacia" determina en ella una notificación *a través* de la noticia, hacia lo noticiable. Recubriendo todo lo aprehendido en todas sus demás formas, la intelección en "hacia" nos lanza a lo real *allende* lo aprendido.

Recubriendo la sensibilidad cinestésica, el "hacia" determina en ella una intelección sumamente importante. La cenestesia me da mi realidad como intimidad; esto es, me aprehendo como estando en mí. Pero con el recubrimiento del "hacia", este estar en mí me lanza hacia dentro de mi propio estar en mí. Y esta intelección de mi propia intimidad en su "dentro" es una intelección del "mí" a través del "estar": es justo la reflexión. [...]

Todas estas formas de recubrimiento son auténtico recubrimiento, es decir, cada modo está intrínseca y formalmente en los demás como momento estructural de todos ellos. No hay prerrogativa de ningún modo, ni tan siquiera del modo visual. En esta diversidad de modos recubiertos es en lo que consiste la riqueza inmensa de la aprehensión de realidad. [...]

Podría pensarse que los diversos sentidos constituyen una diversidad primaria, de suerte que lo que llamamos "aprehensión impresiva de realidad" sería una "síntesis": la inteligencia sería lo que sintetiza el sentir. A mi modo de ver, esto es falso porque no responde a los hechos. La unidad de estos sentidos está ya constituida por el mero hecho de ser sentires "de realidad", por ser modos de aprehensión de realidad. La unidad de los sentires no es, pues, una síntesis, sino una unidad primaria: la física unidad de ser aprehensores de realidad. Y como aprehender realidad es inteligencia, resulta que la unidad de los sentires está en ser momentos de una misma "intelección sentiente". Por tanto, la aprehensión de realidad no es una síntesis de sentires, sino que por el contrario "los" sentires son "analizadores" de la aprehensión de realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 106-111]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten